
LA PARADOJA: ¿PROCESOS EN LA ARQUEOLOGÍA COLOMBIANA?

Santiago Mora

"Existe un falso concepto acerca de los falsos conceptos, toda vez que cuando un falso concepto deja de serlo se convierte por ello mismo en verdadero, demostrándose así la injusticia cometida por aquellos que lo tuvieron por falso y no sólo por concepto, ajeno a toda connotación moral o religiosa (falsa o no)" Monterroso, 1979:142-143.

Adjunto a este volumen presentamos en un formato electrónico un buen número de dataciones radio carbónicas para Colombia, así como una extensa bibliografía. Una ojeada rápida de estos datos podría sugerir al lector desprevenido que en los últimos años los arqueólogos hemos obtenido un mayor y mejor conocimiento sobre los pobladores de este territorio en la antigüedad. Un conjunto de datos especializados son testimonio de ello.

Un examen detenido de estos datos revela algunas dificultades para aceptar esta afirmación. Las asociaciones que podemos establecer entre los diferentes componentes son un tanto confusas y extremadamente fragmentarias. Esto genera problemas en las clasificaciones necesarias para manejar el dato, al tiempo que dificulta la creación de herramientas conceptuales adecuadas para el estudio de problemas específicos y su comparación en un ámbito amplio. Esta situación ha contribuido a que muchas de las explicaciones basadas en los materiales arqueológicos y etnohistóricos sean criticadas y consideradas como insatisfactorias por algunos arqueólogos (ver Bray 1995; Gnecco 1990b; 1994a; 1995b; 1996a; Illera 1980; Llanos 1987a; Lleras 1985; Uribe 1987).

Una posible interpretación de esto es que nuestros conocimientos del pasado reflejan la naturaleza imperfecta del mismo, básicamente porque las herramientas con que contamos para

recuperarlo son inadecuadas. Otra alternativa es que no podemos alcanzar la coherencia deseada porque las relaciones entre las cosas que estudiamos, lo que deseamos aprender y las guías bajo las cuales realizamos esos estudios no son compatibles. Indudablemente estos dos factores han afectado la arqueología colombiana. Por ello es necesario examinar los datos, la forma en la cual fueron y son recobrados, producidos y manejados. Esto se debe hacer teniendo en cuenta los propósitos investigativos que alimentan. Evidentemente el avance de una ciencia, cualquiera que ésta sea, no puede estar medido por el volumen de la información que maneja. Sus adelantos deben ser evaluados por el manejo que ésta hace de los datos, para lograr explicaciones coherentes y acordes con las preguntas y problemas propuestos como objetivos para ser investigados.

El trabajo arqueológico en Colombia, en los últimos años, parece habernos llevado a una situación semejante a la que viven los coleccionistas de "relicias". Rodeados de cientos o miles de "hermosas" piezas (datos), creen ser dueños de al menos una fracción del pasado. Se han apropiado del legado de los tiempos; se pasean por los corredores y salas llenas de "historia". Esta habilidad para apoderarse de aquellos objetos les ha hecho olvidar que el pasado no se compone de cosas. El pasado no está en el silencio de los objetos, el pasado es ante todo un continuo que nos llevan al presente y el cual sólo tiene sentido a partir de este último. Por ello la búsqueda de lo que ocurrió en otros tiempos debe girar en torno a la posibilidad de hacer inteligible ese continuo que es el tiempo, al interior del cual se registra el cambio y la diversidad de los procesos de las sociedades humanas. Este debe ser el centro de atención de los arqueólogos y no los objetos que fueron dejados por quienes en otro tiempo habitaron una determinada región. No podemos seguir dedicando nuestra "investigación" a colecciónar y clasificar objetos, por esplendorosos que estos sean, para llenar vitrinas con las cuales es imposible adquirir siquiera una leve idea sobre los procesos sociales.

El propósito de este artículo es examinar algunas de las tendencias y supuestos de la Arqueología Colombiana. Este examen implica, indudablemente, una simplificación dado que no se intenta seguir el pensamiento de cada uno y todos los investigadores. Simplemente se intenta reducir algunos datos a cifras, que

se examinarán bajo conceptos extraídos de los trabajos arqueológicos. El examen de estos datos revela tendencias, sobre las cuales nos disponemos a realizar algunas reflexiones y plantear algunas preguntas. Así esperamos poder señalar puntos de interés para una discusión arqueológica.

El manejo de los datos: criterios

Al estar frente a los objetos de nuestra colección - datos fragmentarios - es probable que surjan diferentes preguntas. En un principio éstas se centrarán en los detalles de unos pocos de ellos. ¿Qué tiene en la mano esa figura? ¿Por qué le pusieron esa coloración? A medida que transcurre el tiempo surgirán interrogantes que integrarán más y más objetos. El disco para computador anexo a este volumen esta repleto de estos "objetos". Aquí hemos querido señalar algunas de las relaciones que sobre ellos es posible establecer con la finalidad de hacer algunas preguntas sobre la arqueología colombiana. Para eso hemos recurrido a su agrupación.

Dos suposiciones, que tienen por objeto darle sentido a las interpretaciones que hagamos, serán el punto de partida. La primera de ellas es que los arqueólogos fechan aquellos yacimientos que consideran más importantes. La segunda es que entre más fechas y/o publicaciones tenga una región (o sitio si se quiere), más esfuerzos fueron dedicados a su estudio y por lo tanto éste es más conocido desde el punto de vista arqueológico.

Estas dos suposiciones no tienen que ser necesariamente verdaderas, dado que no en todos los sitios se pueden recuperar materiales susceptibles de ser fechados y no todos los arqueólogos, por importante que para ellos sea su sitio, llegan a conseguir la financiación necesaria para fechar algo. En realidad en Colombia las fuentes financieras determinan, en un buen número de casos, si es necesario fechar los yacimientos estudiados. Tampoco es estrictamente cierto que entre más me esfuerzo por conocer algo, más lo conozco. No siempre consigo aproximarme al conocimiento, como sabe cualquier arqueólogo que haya pasado horas intentando explicar lo inexplicable. No obstante estas suposiciones

nos servirán como base para señalar algunos puntos y tendencias en la arqueología colombiana.

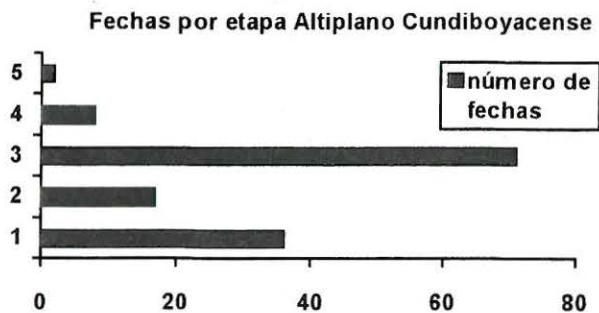
Sistematización y relaciones

Para la sistematización de los datos se establecieron dos referentes primordiales hacia los cuales convergen todas las informaciones arqueológicas: espacio y tiempo. Para ello se recurrió a formular categorías, tanto para la información cronológica como para la bibliográfica que permitiera crear un lenguaje común y por tanto establecer relaciones. Desde el punto de vista geográfico, la totalidad de la información fue referida a trece regiones, las cuales en este escrito no tienen ninguna connotación ambiental. Se trata de simples divisiones geográficas para el manejo de los datos que reflejan más la división espacial usada por un buen número de arqueólogos; ésta fue propuesta por el Instituto Colombiano de Antropología en 1989 como herramienta para la organización de los datos (ver “*Colombia Prehispánica Regiones Arqueológicas*”). Es necesario mencionar que estas regiones fueron ligeramente alteradas, algunas de ellas fueron reagrupadas. Este es el caso de la amazonia y los llanos orientales, las cuales quedaron unidas bajo el título de Tierras Bajas Orientales. Las zonas consideradas son *Altiplano Cundiboyacense* (1); *Alto Magdalena* (2); *Costa Pacífica* (3); *Llanuras del Caribe y cuencas bajas del Simú y San Jorge* (4); *Macizo Andino del Sur* (5); *Macizo Antioqueño* (6); *Magdalena Medio* (7); *Montaña Santandereana* (8); *Península de la Guajira y Corredor del César* (9); *Sierra Nevada* (10); *Tierras Bajas Orientales* (11); *Urabá Alto Simú* (12) y *Valles Alto Calima y Alto y Medio Cauca* (13).

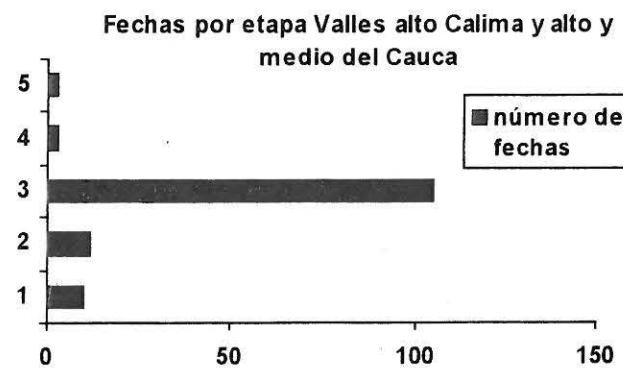
En relación con las etapas se consideraron cinco etapas: *Paleoindio* (1), *Formativo* (2), *Cacial* (3), *Colonial* (4) y *Republicano* (5). Se estimó que las etapas deben cubrir la totalidad del territorio nacional. En otras palabras, la etapa Paleoindia se inicia en todo el país una vez aparecen los primeros ocupantes caracterizados por una frecuente movilidad y una organización social soportada por una economía de caza y recolección, o la etapa cacial surge cuando algunas sociedades alcanzan este tipo de organización, aunque otras partes del país sigan pobladas por

grupos cazadores recolectores. Es decir entendemos la etapa como un concepto globalizante, a través del cual se espera poder establecer lapsos con contenidos comparables que enmarquen procesos de cambio social. No deseamos usarlos, como se han empleado en un buen número de ocasiones, como un marcador de eventos regionales - p. e la etapa lítica del Altiplano o el formativo Agustiniano -. En teoría, los eventos regionales y locales deben ayudar a caracterizar los períodos, que indican cambios en uno o varios aspectos de una sociedad o varias sociedades a lo largo del tiempo.

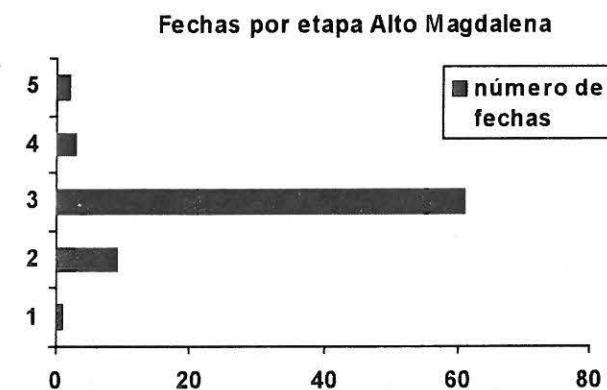
Con la finalidad de hacer manipulables los datos se establecieron límites cronológicos para cada etapa y se juntaron las culturas y las etapas regionales, si es posible llamarlas así, con los períodos. Al agrupar estas categorías se disminuye la confusión existente, al tiempo que se hace factible su análisis y comparación. De momento y para los efectos de este texto el Paleoindio (1) comprende el lapso de tiempo que se extiende desde el inicio de la ocupación del territorio al 5000 a.C., el Formativo (2) del 5000 a.C. al 1000 a.C.; los Cacicazgos (3) del 1000 a.C. al 1600 d.C.; la Colonia (4) del 1600 d.C. al 1800 d.C.; y la República (5) del 1800 d.C. al presente. La distribución de las fechas por etapa, para cinco de las regiones consideradas - Altiplano Cundiboyacense (1), Valles alto Calima y alto y medio del Cauca (13), Alto Magdalena (2), Tierras bajas orientales (11) y Llanuras del caribe y cuencas bajas Sinú y San Jorge (4), se presentan a continuación.



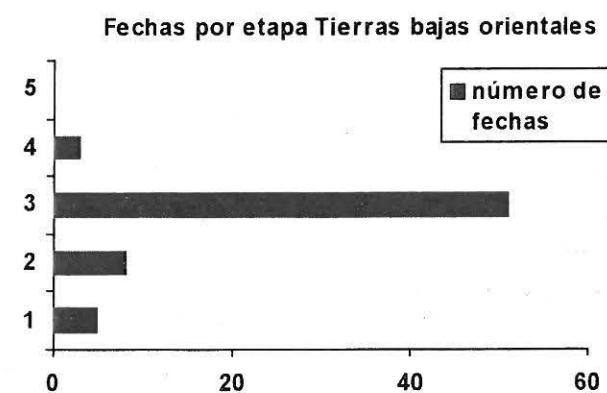
Gráfica 3.1



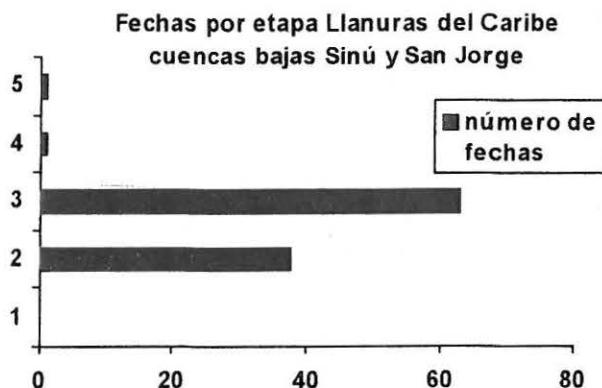
Gráfica 3.2



Gráfica 3.3



Gráfica 3.4

*Gráfica 3.5*

Estas gráficas señalan, dado su énfasis temporal, un patrón que difiere un tanto de la concepción que los arqueólogos tienen de las divisiones cronológicas en estas regiones. El límite temporal establecido por nosotros hace que el Formativo del Altiplano Cundiboyacense sea magnificado, en tanto que el Paleoindio se reduce. Algo semejante pasa con el formativo del Alto Magdalena y aquel de los Valles del alto Calima y alto y medio Cauca. Surge entonces una pregunta: ¿hasta donde es posible establecer una concordancia entre la cronología y los contenidos de las etapas? ¿Tiene sentido establecer esta relación? Estas preguntas son inocuas en tanto no se respondan a la luz de los procesos que se pretenden estudiar y comparar y no desde una perspectiva que considera elementos aislados como marcadores “diagnósticos” de la etapa. De otra parte resulta inaceptable que el Formativo, caracterizado por la cerámica temprana, o cualquier otro rasgo, se encuentre en su estado “puro” en una región - Costa Atlántica -, mientras que en otros lugares sea asimilado por los contenidos, en términos de materiales diagnósticos, por otras etapas. Aun si el formativo de la costa Atlántica, como lo sugirió Reichel-Dolmatoff (1965; 1978a; 1986), es único en Colombia y dió origen a una colonización Andina éste debe ser entendido comparativamente como proceso y no tomar una connotación espacialmente limitada. Diseñar una etapa basada en límites espaciales equivale a negar la posibilidad de la etapa como una abstracción que posibilita comparaciones entre procesos. Insistir en etapas adosadas a territorios en

el mejor de los casos nos lleva a un determinismo ambiental; difícilmente contrastable a partir de datos empíricos.

Para la catalogación de los datos asociados a las dataciones se tomaron en cuenta los siguientes aspectos: número de laboratorio, que en la base de datos constituyó la clave primaria; Fecha AP; Fecha Cristiana; Variación; Tipo de fecha; Material fechado; Región; Sitio; Coordenadas; Referencia - en lo posible primera publicación de la fecha -; Título en el cual fue publicada; Página; Contexto de excavación; Profundidad a la cual se recuperó la muestra; Nivel de excavación; Período; Etapa y se anotó si esta fecha había sido discutida por otros autores. Con ello se espera poder realizar un seguimiento detallado, dentro de los contextos y períodos definidos por los diferentes autores para cada región, enmarcándolos dentro de las etapas. En el peor de los casos, se podrá vislumbrar la forma como se ha diagnosticado y entendido el cambio cultural, al tiempo que se posibilita un manejo de esta información de forma comparativa.

En relación con el material bibliográfico se consideró el nombre del autor, el año de la publicación, el título de la misma, el sitio donde fue publicado, la etapa a la cual corresponde, la región, el período, el tema y los sitios arqueológicos estudiados en cada texto. Para la organización temática fueron tenidos en cuenta cinco conjuntos; estos tienen una relación directa con el tipo de investigación que se adelanta y revela los niveles de resolución característicos de cada uno de ellos. Así se posibilitó una caracterización de la literatura que permitiera realizar una evaluación de la misma o su manipulación en forma de datos estadísticos. Por supuesto esta división es, hasta cierto punto arbitraria; un buen número de lectores no se encontrarán de acuerdo con la misma. Por esta razón esta información no se incluyó en el disco de computador anexo, sin embargo aquí se dan algunos ejemplos que permiten una aproximación a los criterios usados.

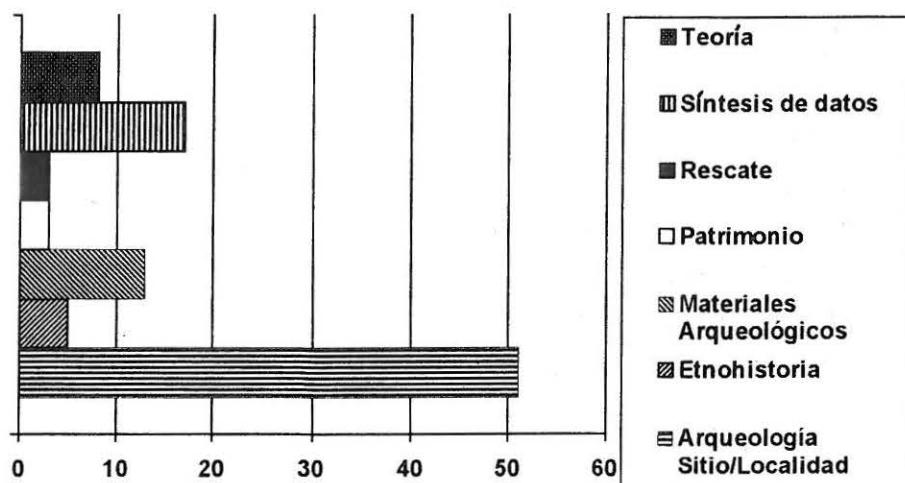
Los temas empleados para organizar los títulos fueron los siguientes: Materiales Arqueológicos, aquí se incluyeron aquellos estudios dedicados a describir o proporcionar información sobre las características tecnológicas o de manufactura de los objetos o aquellos en los cuales se realizan comparaciones estilísticas entre objetos, ya sea con el fin de delimitar su distribución en el espacio - territorio, área cultural o geográfica - o para intentar ubicarlos en

un contexto de uso definido a partir de información etnográfica. El común denominador en esta categoría es que el énfasis se marca en los objetos y no se consideran los contextos de recuperación; que de otra parte, en la mayoría de los casos son inexistentes ya que se trata de materiales obtenidos por guaqueros o piezas de colección cuyo origen es incierto (ver Boada 1989; Broadbent 1986; Cardale 1978; 1979; 1988; Cardale et al 1989b; Cárdenas 1989; Cárdenas y Rendón 1988; Falchetti 1978; Hernández de Alba 1943; Plazas 1987; Reichel-Dolmatoff 1988; Horton 1939). La segunda categoría es Arqueología de sitio/localidad. Se trata de estudios dedicados a yacimientos arqueológicos y sus características. Generalmente corresponden a esta categoría los informes de excavación que proporcionan la información básica sobre los hallazgos y los depósitos. Un buen ejemplo de este tipo de literatura lo constituyen las publicaciones de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Usualmente estos textos incluyen la descripción de los materiales arqueológicos encontrados, y en algunos de estos informes se realizan comparaciones entre los objetos arqueológicos recuperados en yacimientos que bien pueden ser próximos o distantes en el espacio y el tiempo (ver Andrade 1983; Angulo 1988a; Archila 1986; Ardila 1984a; 1986a; Cadavid y Ordoñez. 1992; Lleras 1986). La tercera categoría corresponde a Síntesis de datos. Se trata de textos en los cuales se realiza una síntesis de la información de una región o etapa (ver Angulo 1979; 1988b; Archila 1993; 1991; Cardale 1987; Van der Hammen et al 1992; Salgado et al 1994; Wassen 1955), o para la totalidad del país (ver Duque 1955; 1966; 1967; Reichel-Dolmatoff 1965; 1978a; 1986). La característica predominante de estos textos es que presentan información sintética combinada con algunas de las interpretaciones realizadas por los arqueólogos, para producir un panorama general. La cuarta categoría corresponde a Teoría arqueológica. Se incluyeron aquí aquellos textos que además de proporcionar una síntesis de datos o describir algunos materiales discuten hipótesis de trabajo específicas, ya sean correspondientes a problemas locales - p.e forma de depositación de materiales y contextos de alteración - o problemas generales como dieta o poblamiento. En estos trabajos existe, generalmente, un importante componente de interpretación y se diferencian de los anteriores por presentar un mayor componente teórico, al tiempo

que no persiguen ilustrar de forma general sino discutir un tópico. Son ejemplo de estos trabajos Arocha (1987), Boada (1990; 1995), Bray (1990; 1995), Cárdenas (1990a; 1995), Drennan (1991; 1993b; 1995a; 1995b), Gnecco (1995a), Langebaek (1994; 1995a), Llanos (1987a; 1990). El quinto conjunto incluye los trabajos que tienen como fundamento datos e interpretaciones que son sostenidos, principalmente, por fuentes escritas antiguas. Aunque algunos de ellos son estrictamente etnohistóricos y no arqueológicos por lo general intentan establecer un puente entre estos dos espacios. Estos textos son especialmente importantes para la región Andina; difícilmente se puede encontrar una tesis en arqueología que no incluya este aparte etnohistórico. Importantes ejemplos de esta literatura son: Langebaek (1996) Londoño (1984b; 1986; 1994), Romoli (1979), Reichel-Dolmatoff (1951), Villamarín y Villamarín (1973). Las dos categorías siguientes corresponden a rescate y patrimonio. En el primero de ellos se encuentran los trabajos que son realizados para cumplir con los requisitos que obliga la ley para las obras de infraestructura. Se creó este aparte teniendo en cuenta que durante los últimos años estos trabajos han aumentado significativamente, al punto de poder considerarse como la fuente de financiación más importante para la arqueología colombiana. Desafortunadamente ese significativo apoyo financiero no se ha visto reflejado en la divulgación de los resultados. Son pocos los trabajos conocidos; algunos ejemplos representativos de este tipo de investigación son: Ardila (1984b), Becerra (1994), Botiva (1988; 1989a; 1990a; 1994) Boada et al (1989) Cavelier et al (1995), Enciso y Hernández (1995), López et al (1993). Bajo la etiqueta de "patrimonio" se incluyeron aquellos escritos en los cuales la argumentación gira en torno a la defensa, divulgación y exaltación de patrimonio. La relación de este tema con la arqueología académica es fundamental aunque poco clara; el dato arqueológico que nutre ese discurso no se encuentra de manera explícita en los textos. Algunos de los representantes de este tipo de literatura son: Botiva (1983; 1990b), Lleras (1994), Pradilla et al. (1993). Finalmente se incluyó un pequeño grupo de trabajos en los cuales existe un predominio de la información etnográfica. Esta fue recolectada con la intención de contribuir a la interpretación de los contextos arqueológicos. Son ejemplo de este

grupo los trabajos de Politis (1996a; 1996b; 1992), Politis y Martínez (1992).

La distribución temática de los trabajos, basada en la anterior clasificación, da como resultado la siguiente gráfica (3.6). En ella no se pudo incluir la etnoarqueología debido a problemas de escala.



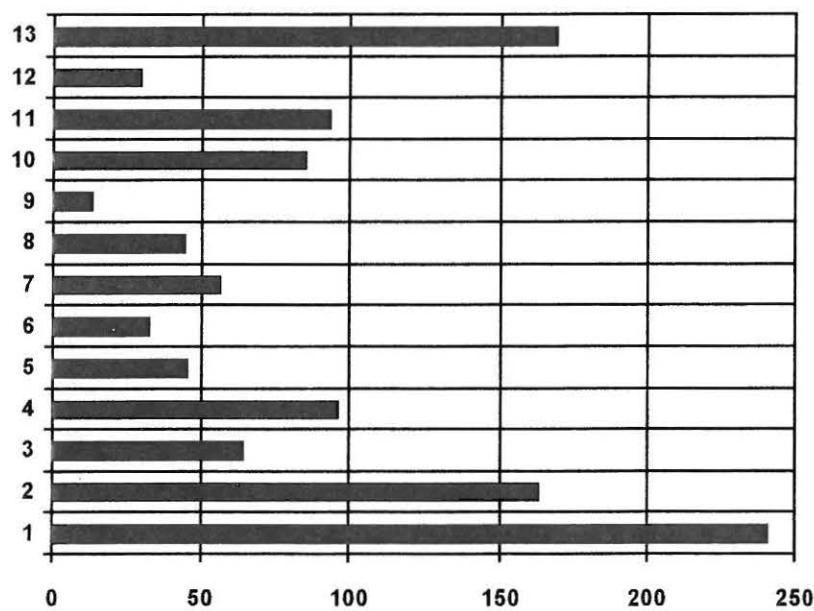
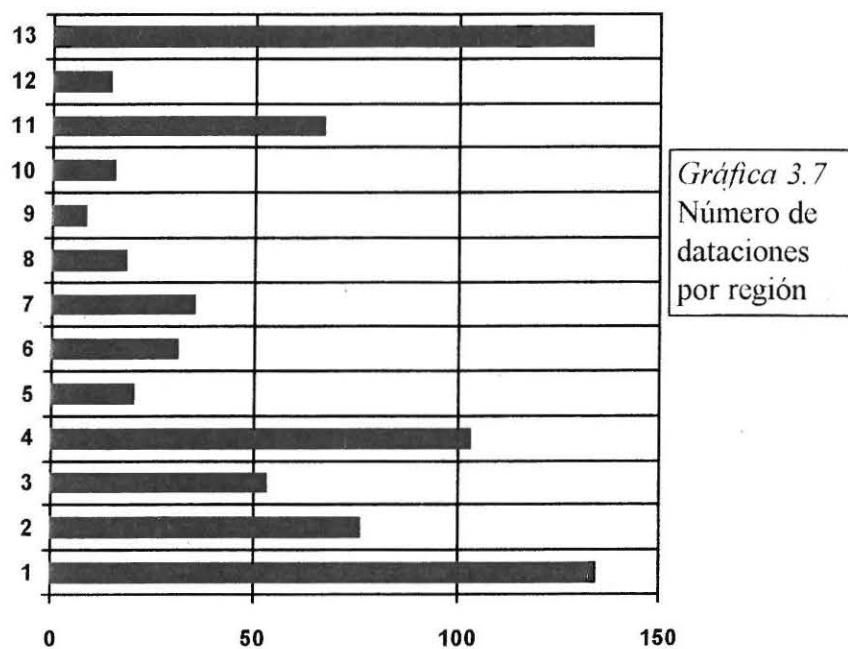
Gráfica 3.6 Distribución de publicaciones por temática.

La siguiente gráfica (3.7) representa el número de dataciones por región. Según se desprende de ella las zonas mejor conocidas son la 1 -Altiplano Cundiboyacense- y la 13 -Valles Alto Calima y Alto y Medio Cauca-, seguidos por la 4 -Llanuras del Caribe y cuencas bajas del Sinú y San Jorge-, la 2 -Alto Magdalena- y la 11 -Tierras bajas orientales-.

Esta “ impresión” se encuentra confirmada al comparar los datos de la gráfica que relaciona las regiones y su número de fechas (3.7) con la gráfica 3.8, en la cual las regiones se consideran en relación con el número de publicaciones existentes para cada una de ellas. Resulta notorio que la región 1 -Altiplano Cundiboyacense- tiene el mayor volumen de publicaciones, comparativamente con otras partes del país. Allí el promedio de fechas por título es 0.55; para la región 13 -Valles Alto Calima y Alto y Medio Cauca- este promedio es de 0.78; un valor semejante tiene las Tierras bajas orientales (0.72). La región que tiene el mayor promedio es la 4 -

Mora

Llanuras del Caribe y cuencas bajas del Sinú y San Jorge- el cual correspondió a 1.07.



Gráfica 3.8 Número de publicaciones por regiones

Los contextos de las dataciones

Si bien la distribución de las fechas y los títulos en relación con regiones y lapsos de tiempo nos dan una idea sobre algunos énfasis de la arqueología colombiana, los contextos de las dataciones permiten que nos aproximemos a sus contenidos.

Una primera revisión de los datos disponibles demuestra que solo el 51% de la totalidad de las fechas obtenidas en Colombia cuentan con una interpretación, realizada por el arqueólogo, en la cual se le asigna una categoría referida al contexto de ocupación tal como “habitación”, “tumba” o “basurero”*. Esto significa que aproximadamente la mitad de las cosas que hemos fechado se encuentran en un espacio en el cual no podemos identificar actividades humanas específicas. Sabemos cuando pasó, pero no tenemos la menor idea de qué pudo haber pasado. En otras palabras el 49% de las dataciones que se han realizado en Colombia fechan materiales asociados a las muestras datadas, sin tomar en cuenta el tipo de yacimiento estudiado o las actividades que se dieron en él. Dos razones pueden explicar esta observación. En primer lugar no es un objetivo común, entre los arqueólogos colombianos, la búsqueda de actividades específicas en los sitios arqueológicos. La segunda es que los métodos empleados para estudiar los yacimientos no son los adecuados para delimitar actividades.

Para la totalidad de las fechas en las cuales los arqueólogos identificaron un contexto el 31,8% corresponden a *tumbas*. Otros contextos de ocupación representan porcentajes significativamente inferiores como lo son los *basureros* o botaderos (19%) y las viviendas o habitaciones (15%). Los *abrigos rocosos*, en los cuales se dieron contextos de vivienda representan el 9.9%, mientras que las *Estaciones Abiertas* solamente alcanzan el 0,5%. Resulta

*Los contextos identificados en la literatura son Habitación, Abrigo rocoso, Aterrazamiento artificial, Basurero, Campo de cultivo, Conchero, Cueva , Cueva funeraria, Estación abierta, Plataforma, Taller, Taller cerámico, Taller Paleoindio, Montículo y algunos “extraños” como suelo antrópico, Molde de poste, fogón y cultivo.

evidente que en algunas ocasiones las características de los depósitos arqueológicos, formados por prácticas culturales específicas, fueron incluidos en la categoría "contexto" por los arqueólogos. En otras, rasgos y estructuras reemplazaron los contextos. En efecto, el uso de categorías que hacían las veces de contextos tales como cueva funeraria, molde de poste, plataforma, montículo y suelo antrópico, fue común. Los concheros, para los cuales no se definieron actividades precisas, representaron el 4.8% de la muestra. Es notoria una tendencia a desconocer los procesos de formación y alteración de los depósitos arqueológicos, lo cual imposibilita el reconocimiento claro de las actividades que tienen lugar durante la ocupación.

La importancia de los contextos radica en el tipo de informaciones que se pueden recuperar en cada uno de ellos: cada uno proveerá información cualitativa y cuantitativamente diferente. Esto podría sugerir intereses especiales - búsquedas investigativas - desarrolladas por los arqueólogos que han trabajado en Colombia. Aquí nos centraremos en los más comunes, es decir aquellos que fueron usados con mayor frecuencia. Una breve caracterización de los mismos puede sugerir cuales son los datos que son considerados más importantes por los arqueólogos y dar luces sobre el tipo de reconstrucción y los problemas de investigación que desean abordar.

Las tumbas, por definición, son un contexto cerrado que representa un momento específico: el entierro. La importancia de este contexto es que a partir del mismo se pueden inferir aspectos tales como la jerarquización social o la falta de la misma (Uribe & Cabrera 1988). La información recuperada en ellos permite la identificación de marcadores de estatus, basados en productos de intercambio o por aquellos producidos localmente (Uribe 1976; 1985). En consecuencia este contexto puede ilustrar sobre las variaciones horizontales y verticales de una comunidad específica. El predominio de las dataciones en este tipo de contexto podría indicar que los arqueólogos se han encontrado especialmente interesados en establecer las diferencias horizontales y verticales en las sociedades por ellos estudiadas o en la distribución de objetos sumptuosos a lo largo y ancho del país. Esta última afirmación tiene sentido si consideramos que los estudios de las "culturas" y los

estilos -p.e orfebres - son una de las principales preocupaciones desde los inicios de la arqueología en Colombia.

La región en la cual se han estudiado más este tipo de contextos es la, región 13 -Valles Alto Calima y Alto y Medio Cauca. Allí el 37.5% de las dataciones se relacionan con información sobre tumbas, 11.2% con plantas de habitación, 8.2% para los basureros y 7% otros contextos como plataforma y campos de cultivo. En un 36% los arqueólogos no explicitaron el contexto. El énfasis en la recolección de estas informaciones para esta región ya ha sido señalado, aunque sus alcances aún deben ser explorados con más detalle. En palabras de Gnecco:

“Los datos sobre prácticas funerarias conforman la más abundante información arqueológica en el suroccidente de Colombia en los dos milenios anteriores a la conquista. Se ha afirmado reiteradamente que esas prácticas, junto con otras líneas de evidencia como patrones demográficos y arquitectura no funeraria, son prueba de la existencia de sociedades complejas en el área, desde hace por lo menos 2000 años. Aunque ya existen buenos argumentos para creer que ésto es cierto (o parcialmente cierto), en realidad esta afirmación debe aún ser probada a satisfacción...” (1995e:89).

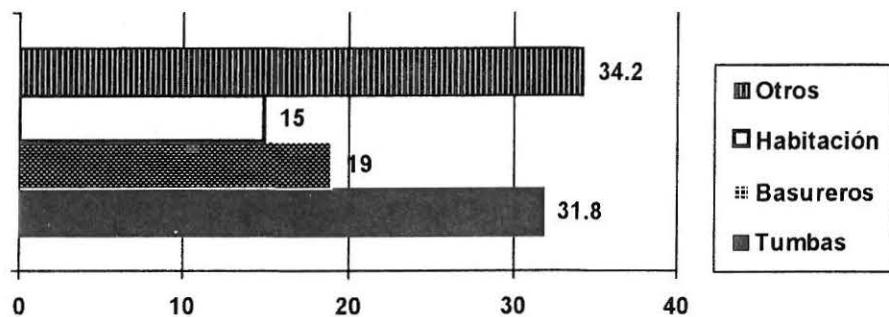
Para Gnecco el problema radica, en este caso particular, en que la complejidad de estas sociedades se ha tratado de identificar a partir de indicadores aislados y únicos (1996b:47). De este modo las definiciones empleadas determinan los resultados obviando el proceso investigativo al suministrar resultados “automáticos”. Estos son continuamente corroborados por el estudio de más tumbas en las cuales se ratifica la complejidad social a partir de bienes exóticos, suntuarios o de élite.

Los basureros, por lo general, se caracterizan por ser depósitos arqueológicos en los cuales los restos de cultura material son muy abundantes. En ellos se pueden encontrar un buen número de artefactos pertenecientes a contextos tales como habitación o taller, entre otros, que fueron desechados. Indudablemente el estudio de los contenidos de los basureros permite obtener una buena caracterización de la cultura material de un grupo humano.

Esta se referirá casi siempre a utensilios de uso común. Un buen ejemplo del estudio de este tipo de depósitos en la arqueología colombiana lo constituye el trabajo de Reichel-Dolmatoff en San Agustín (1975a). Este autor usó la información obtenida en estos contextos para establecer una secuencia tipológica cerámica. La depositación de los materiales en un basurero y el tiempo de uso del mismo, posibilita verificar cambios tecnológicos y estilísticos. En consecuencia el porcentaje correspondiente a los basureros excavados por los arqueólogos puede ser interpretado como la necesidad de recuperar objetos, intentando establecer secuencias. Esta estrategia es concordante con la necesidad de establecer la posición cronológica para objetos que bien pueden estar representando estilos o tipos que se quieren analizar respecto a su distribución espacial. El porcentaje más alto de excavaciones realizadas en basureros es de 11.9% y se encuentra en las Llanuras del Caribe y cuencas bajas del Sinú y San Jorge. El Altiplano cundiboyacense tiene el 9.1%; los Valles del Alto Calima y Alto y Medio Cauca tienen el 7.7% y las Tierras bajas orientales y la Sierra Nevada de Santa Marta cada uno representó el 3.5%. ¿Por qué ha sido tan importante el estudio de los basureros en las Llanuras del Caribe y cuencas bajas del Sinú y San Jorge? Los trabajos realizados en esta región han permitido la caracterización de complejos cerámicos, como indicadores de cambio, a lo largo del tiempo. Sin embargo el énfasis ha sido marcado en los sistemas de camellones de cultivo y el formativo ¿Cómo las informaciones sobre basureros alimentan esos énfasis?

Las viviendas son los lugares donde se concentran el mayor número de actividades humanas a lo largo del tiempo. Allí se desarrollan la vida cotidiana basada en una cuidadosa sectorización del espacio; el registro etnográfico ilustra la importancia de este contexto de uso (ver Bender 1967; Hugh-Jones 1995; Politis 1992). Al interior de la vivienda se preparan los alimentos, actividad que implica el procesamiento de materias primas, se fabrican algunos utensilios y se dan los procesos de socialización. El gran número de actividades que convergen en las habitaciones contribuyen a explicar la riqueza de estos contextos. Esta se encuentra magnificada cuando el sitio de habitación es visto inmerso en un área de recursos y en relación con otros asentamientos de la misma época o de una época diferente. Es necesario destacar que la división entre

las habitaciones y los abrigos rocosos, común en la arqueología colombiana, bien puede estar indicando una variación que se relaciona con el tipo de economía desarrollada por los grupos, al tiempo que refleja la especialización de algunos arqueólogos; un abrigo rocoso también es una habitación. Una segunda posibilidad para explicar esta separación es la consideración del sitio arqueológico como un espacio con múltiples actividades, pero discreto o como un fenómeno puntual referido a los materiales que se pueden recuperar.



Gráfica 3.9 Distribución porcentual de los Contextos

El hecho de que los contextos de habitación datados represente el menor de los porcentajes puede ser interpretado como indicativo de un menor interés por las actividades cotidianas y su cambio a lo largo del tiempo. Vale la pena preguntarse ¿qué esta reconstruyendo la arqueología?

Para resumir, podemos decir que es evidente que un gran porcentaje de aquellas cosas que los arqueólogos han datado, no se pueden asociar con actividades específicas. De otra parte los contextos más conocidos, o al menos a los que más esfuerzos se les han dedicado, son las tumbas, los basureros y las plantas de habitación, en ese orden. No obstante no es claro como estos contextos se definen en el espacio.

Sitio vs no sitio

Definir lo que se entiende por sitio arqueológico en Colombia no es difícil. Por el contrario, como se puede constatar en los informes producidos por la arqueología de rescate no se considera que sea una necesidad o un problema metodológico básico. Ni siquiera Reichel-Dolmatoff lo intentó, y de ahí para abajo se supone que cualquier arqueólogo, por ser arqueólogo, sabe que son. Por ello el concepto de sitio abarca un amplio rango de características que pueden ir desde la identificación de actividades que se dieron en el pasado hasta simples lugares en los cuales aparecen restos de cultura material. Sin embargo ¿una prueba de garlancha aislada que da un resultado positivo es o no un sitio?

Los sitios arqueológicos, podría pensar uno, no necesariamente corresponden con áreas discretas ya que en el registro de los mismos no se acostumbra a incluir las dimensiones que puedan tener: usualmente el arqueólogo anota las dimensiones de la muestra - pozo de sondeo o excavación -, que es realizada y no intenta hacer un estimativo sobre las dimensiones reales del yacimiento. De esta forma un grupo de tiestos pueden ser interpretados como un sitio que es equiparable con un poblado, por la simple falta de definición espacial y un ligero registro de otros indicativos. La pregunta obvia es: ¿los sitios son definidos por las actividades humanas, identificables como contextos arqueológicos discretos en el espacio y el tiempo, o corresponden con los restos de cultura material dejada, transportada, acumulada etc. en un lugar? La respuesta no es sencilla. Si adoptamos como verdadera la primera alternativa, habremos perdido el 49% de las dataciones que fecharon objetos en algo así como los no sitios de la arqueología colombiana. Si aceptamos la segunda parte de la pregunta como cierta, tendremos una buena cantidad de sitios, pero entonces debemos cuestionarnos sobre su potencial para explicar el pasado.

En realidad no tiene importancia qué datemos o qué estudiemos, lo que es verdaderamente importante es por qué lo hacemos y qué esperamos encontrar con estos datos. Una forma, aunque no la única, para aproximarnos al por qué de esto es recurrir al examen de aquellos yacimientos que han sido más

cuidadosamente estudiados en la arqueología colombiana. Para ello iniciaremos la búsqueda haciendo un análisis de la distribución de las fechas de C-14 en Colombia.

Las fechas incluidas en la base de datos de la arqueología colombiana, dentro de las cuales se encuentran cincuenta y siete de la costa norte del Ecuador **, fueron obtenidas en trescientos sesenta y seis sitios arqueológicos y solamente tres de ellas corresponden a materiales cuya procedencia no es clara - p. e. momias -.

Para caracterizar el comportamiento de estos sitios hemos recurrido a realizar una agrupación de ellos por número de fechas obtenidas. Es necesario ser cautelosos al revisar la siguiente tabla pues esta contiene errores ocasionados por la forma en la cual los arqueólogos relacionaron los sitios y las fechas. En algunas oportunidades se usó un nombre acompañando una muestra - p.e El Guadual -, al cual en otras muestras se le adicionó una numeración - p.e El Guadual 1-. No es claro si esto implica que la muestra proviene del mismo yacimiento, en otra excavación, sondeo o nivel o si se trata de otro sitio. La verificación de esto fue imposible dada la ausencia de coordenadas geográficas en los textos. Aun a pesar de este error la tabla indica una tendencia.

La distribución por sitio de las dataciones revela que 202 yacimientos cuentan con una fecha de C-14, ochenta y cinco tienen dos, treinta y dos tienen tres y únicamente uno, El Tequendama, tiene más de quince fechas. El número de fechas para cada yacimiento puede indicar que se trata de sitios cuya estratificación amerita un cuidadoso seguimiento, a través del tiempo, de los cambios que se dieron en el lugar.

** Se incluyeron las dataciones de la Costa Pacífica ecuatoriana del sector norte porque difícilmente se pueden separar de las secuencias establecidas en la Costa Pacífica sur de Colombia. Ver en este volumen -Breve prontuario de los palustres ...

<i>No de Sítios</i>	<i>No de fechas</i>	<i>Nombre de los sitios</i>
202	1	
85	2	
32	3	
20	4	
7	5	Villa Azul, Elias, Santa Rosa, Buritica 200, La Propicia, Alto de los Ídolos, Puerto Chacho,
7	6	El Topacio, Mesita, Cabo de la Vela, Barca Yotoco, Araracuara 15, Tajumbina, Puerto Hormiga
7	7	Mesita B, Bocana, Palestina
3	8	Abeja, El Palmar, Moralba
3	9	Monsú, Samaria, Monsú, Inguapí
1	10	El Volador
1	11	El Dorado
1	13	El Abra
1	18	El Tequendama

Tabla 3.1. Sítios por número de fechas. Se incluyeron los nombres de aquellos yacimientos que tienen más de cinco fechas.

El número de fechas puede sugerir que estos treinta y un sitios, que aparecen en el cuadro, son los sitios mejor conocidos en la arqueología colombiana; son aquellos en los cuales se han realizado más esfuerzos por definir secuencias temporales. Resulta llamativo que dentro de ellos no se encuentre sitios de una región tan importante como Tierradentro, patrimonio cultural de la humanidad o que no se incluya al menos un yacimiento de la región de la Sierra Nevada de Santa Marta. Estas dos áreas son aquellas en las cuales, a principios de este siglo, se dió comienzo a la arqueología colombiana. ¿Por qué nunca se intensificaron los estudios en esas regiones? ¿Cuáles son las preguntas que guían la investigación allí?

De otra parte estos yacimientos presentan una característica importante: en algunos de ellos se encuentran más de un contexto identificado. Este es el caso de Tequendama, El Abra, El Dorado,

Cabo de la Vela y El Topacio. En otros como Tajumbina, El Volador, Alto de los Ídolos y Araracuara 15 solamente fue posible identificar un tipo de contexto: Tumba para las dos primeros y basurero para el último. Surgen entonces preguntas tales como ¿Cuál era la importancia en la delimitación en el tiempo de los diferentes contextos? Probablemente para aquellos yacimientos en los cuales se encontraba más de un contexto resultaba indispensable determinar su simultaneidad o su variación a lo largo del tiempo con el fin de establecer correlaciones. Así se podrían identificar procesos de cambio o al menos establecer diferencias en uno o varios aspectos culturales a lo largo del tiempo. En aquellos en los cuales solamente se contaba con un tipo de contexto resultaba importante, además, explicar la variación en los contenidos.

Aunque, de momento, son poco claros los motivos para seguir este o aquel procedimiento, pues estos corresponden a los propósitos de cada investigación, esto nos lleva a formular nuevas preguntas relativas al registro del cambio. ¿Cómo los datos de estos sitios contribuyen al registro del cambio social? ¿Qué clase de cambio estamos registrando? ¿Cómo se explica el mismo?

El registro del cambio

Para poder detectar los cambios y diferencias entre conjuntos humanos debemos partir de la definición de unidades de estudio que puedan contrastarse empíricamente. Estas deben basarse en características excluyentes y particulares, de otra forma resulta imposible establecer convergencias y disparidades que contribuyan a ver variaciones a lo largo del tiempo y durante momentos específicos. Esto es una tarea usual dentro del quehacer arqueológico. En efecto, este procedimiento lo han empleado aquellos que se han interesado en el pasado precolombino desde principios de siglo (p.e Restrepo 1895). No obstante la pregunta que surge es ¿cuáles son las características que deben ser empleadas para definir unidades - períodos - contrastables a lo largo del tiempo? Nuevamente la pregunta es irrelevante en tanto no sepa qué es lo que pretendo estudiar. Si el propósito último es el de construir una historia del arte o de la tecnología, obviamente el inventario y descripción de los objetos para caracterizar unidades

temporales es fundamental. Por el contrario si el objetivo es estudiar el cambio social, la tecnología y los estilos, inferidos a partir del estudio de los artefactos, no pueden ser la fuente básica para comprenderlo. La cronología posibilita el control temporal, pero los lapsos estarán delimitados por los contenidos y las inferencias que permitan generalizaciones sobre los procesos. ¿Existe esta coherencia en la arqueología colombiana? ¿Cómo se ha registrado el cambio?

Dos fuentes, tradicionalmente, han permitido la definición de estas unidades: los datos arqueológicos, usualmente representados por materiales y la información etnohistórica. Inicialmente estos datos de diferente naturaleza fueron tratados como una unidad que se retroalimentaba, o si se quiere que se falseaban mutuamente. En efecto, los materiales - particularmente cerámica y líticos -, se emplearon para establecer conjuntos que en muchas oportunidades se han asimilado con culturas (p.e Oppenheim 1941), las cuales en algunos casos se han podido equiparar, a partir de fuentes etnohistóricas, con grupos humanos del siglo XVI. (p.e. Broadbent 1965;1967;1986; Jiménez 1945a; 1945b; Jiménez y Ochoa 1943; Lleras 1989). De este modo surge un referente inmediato: aquello que existía antes de la conquista y aquello que se inició después de la instauración de la ocupación española. El manejo de esta información puede ser reducida a un mapa en el cual el nombre del grupo, o de la cultura según se prefiera, es asociado con un sector específico. El ejemplo más reciente de este mapa, que se ha venido utilizando de forma recurrente desde principios de la arqueología colombiana, se encuentra en el texto "*Arqueología colombiana. Visión panorámica*" de Lucia Rojas de Perdomo (1995:11). Allí además del "territorio" se incluye una fotografía de aquello -cultura material- que es considerado como lo más representativo para cada región. Indudablemente el ícono gráfico (elaboradas alcarrazas, espectaculares máscaras doradas) llama más la atención que un relato sobre el contexto del mismo, el problema es que no lo sustituye.

No obstante, el procedimiento, por medio del cual se asimilan conjuntos de restos culturales arqueológicos con grupos culturales es poco riguroso ya que en algunos casos - p.e Calima, Quimbaya - los materiales que constituyen y definen las unidades provienen del saqueo, dificultándose la aproximación a los

contextos. Esto es particularmente cierto para casos como el de la cultura y/o el período Ilama, donde ningún ejemplar de orfebrería ha sido excavado por un arqueólogo (Cardale 1992b:51). Una segunda dificultad para asignar un conjunto arqueológico a grupos etnohistóricos es la distribución espacial de los materiales, la cual no siempre coincide con la localización de los grupos humanos que vieron los primeros europeos (ver Cárdenas 1995; Illera 1980). Por ello hemos tenido que realizar enormes esfuerzos para interpretar las crónicas y los documentos de los primeros siglos de ocupación europea para darle una forma más precisa a los territorios de las diferentes etnias prehispánicas (p.e. Groot & Hooykaas 1991).

Suponiendo que hemos logrado, de una u otra forma, delimitar espacios aún queda por resolver un problema fundamental: la variación, a lo largo del tiempo, de las fronteras y la existencia, como lo revelan los datos etnográficos, de áreas de transición entre diferentes grupos. Las fronteras étnicas, que se desintegran en el siglo XVI y que se continúan desfigurando con la intervención de un poder exógeno extremadamente fuerte, no habían sido estáticas en el pasado. Estas pudieron tener una gran movilidad, sin embargo los datos etnohistóricos, o mejor la forma en la cual los habíamos estudiado revelaban grupos más o menos homogéneos en territorios relativamente estables. La supuesta homogeneidad etnohistórica encontró su complemento en la concepción de “culturas arqueológicas” integradas por patrones de pensamiento cuya “contrastación empírica” descansaba en una visión normativa del material cerámico u orfebre (Langebaek 1993). Para el Altiplano Cundiboyacense solamente hasta la década de los ochenta se intentó por primera vez, corroborar en términos arqueológicos y etnohistóricos, la movilidad de una frontera entre diferentes unidades políticas al interior de aquello que se definía como el territorio de un grupo (ver Londoño 1984a; 1984b Boada 1984). El significado político de esas fronteras, su variación temporal y su detección en términos de indicadores arqueológicos son aspectos que apenas comienzan a ser discutidos (Langebaek 1995a). En este caso el conocimiento que tenemos de la etapa mejor estudiada, a juzgar por el número de publicaciones, sitios estudiados y fechas obtenidas, se encuentra soportado en gran medida en los relatos etnohistóricos. Estos han ejercido una especie de tiranía que determina, en muchas ocasiones, la dirección

que toman las interpretaciones, al tiempo que sugieren un pasado homogéneo. En realidad no hay nada de malo en la etnohistoria, el problema está en su uso acrítico para corroborar otras secciones del texto. La etnografía y la etnohistoria son, indudablemente, las mejores fuentes para inspirar modelos sobre los comportamientos humanos. A pesar de ello la antropología en Colombia, se ha empeñado en reducirlos a “fotografías” que acompañan a los fragmentados artefactos. De este modo se han transformado en elementos que bloquean y atentan contra nuestra comprensión del pasado.

Lamentablemente es común en la arqueología colombiana homologar etapas y períodos (Gnecco 1995b), exagerar las posibilidades explicativas de ambos y suponer que cada cambio local, particularmente de los materiales arqueológicos, significa el reemplazo de una población por otra. En algunos casos estos datos son “confirmados” por el relato del siglo XVI. Cuando las crónicas faltan esa imagen sobre el funcionamiento de las “culturas arqueológicas” es reemplazado por invasiones y migraciones apoyadas más en discontinuidades estilísticas que en estudios sobre las diferentes asociaciones entre múltiples indicadores tales como las densidades de la población, sistemas adaptativos, innovaciones económicas o distribución de los asentamientos. El uso tradicional de estos procedimientos y otros análogos, hacen que no sea sorprendente que una vez se deje de tallar la piedra en San Agustín o se cambie la decoración y las técnicas de manufactura cerámica en los sitios ubicados en Araracuara, la explicación sea que los grupos que allí habitaban fueron desplazados. Este tipo de argumentos se encuentra actualmente en discusión (Drennan 1993a; 1995a; 1995b; Mora et al. 1991).

De forma paralela no parece posible el aceptar la suposición, según la cual, el compartir una cultura material, o algunos rasgos de la misma permita asumir que se trata de grupos iguales o que comparten cierta unidad cultural. Esta crítica es particularmente contundente en cuanto se refiere a los estilos orfebres (Gnecco 1996a; Uribe 1995; Langebaek 1993), que caracterizaban regiones del territorio colombiano.

Aparentemente hemos recurrido a la acumulación de datos cronológicos como una explicación, o si se quiere confirmación de la argumentación. Con ello hemos llegado a crear un gran círculo

en el cual de una u otra forma regresamos al punto de partida. La descripción de este tipo de disquisiciones afortunadamente ya ha sido exemplificada:

“..... uno puede desarrollar la idea de que el período Clásico Regional termina hacia el 1000 DC. Si una muestra de carbón se recupera, digamos de un tumba, y arroja una fecha de 1100 DC, sería probablemente asignada al período Reciente a partir de la idea original de que el período Clásico Regional termina en 1000 DC. Esto está bien si la fecha de 1100 DC para la tumba del período Reciente no sea usada para apoyar la conclusión que el Clásico Regional termina en 1000 DC, y la única razón para que la fecha radiocarbónica fuera asignada al período Reciente es que se ubica después del final tentativo del período Clásico Regional. Si dicha fecha es usada para ayudar a apoyar la conclusión de que el Clásico Regional termina en el 1000 DC, entonces el argumento lógico circular se completa. Con tal razonamiento, cualquier fecha que uno tomara inicialmente sería confirmada cuando suficientes muestras radiocarbónicas hayan sido analizadas, sin importar qué resultados hayan arrojado” (Drennan 1993a:88).

Realmente el problema en este caso, como en muchos otros de la arqueología colombiana, es que nos hemos centrado en la discusión de un indicador - la fecha - (si es más antigua o reciente o si está o no publicada) y no en todo aquello que debe acompañarla. De este modo hemos cometido un error: la forma en la cual tratamos el dato cronológico ha permitido que hagamos una ponderación del mismo. Así llegamos a crear la imagen erudita según la cual “más datos” equivale a “más conocimiento”. Por ello no resulta sorprendente que confundamos las etapas con los períodos, pues en términos de sus contenidos en nada se diferencian, y por ello en algunas regiones del país ha sido posible asignarles un valor semejante anulando su uso como herramientas para contribuir a la explicación de los procesos sociales (Gnecco 1995b:299). En consecuencia hemos suprimido la discusión.

Comentarios Finales

El propósito de la arqueología es el buscar patrones que revelen actividades que se enmarquen dentro de procesos culturales, para de este modo podernos aproximar a la explicación del cambio social a lo largo del tiempo. Tanto etapas, como períodos, horizontes, tradiciones, estilos, tipos y cualquier otro, son única y exclusivamente herramientas creadas para identificar “hechos empíricos” que se encuentran en el registro arqueológico y a los cuales se intenta agrupar por razones específicas de un problema de investigación. Por ello resulta inconcebible que los mismos se transformaran, a partir de los primeros esquemas realizados para la arqueología colombiana, en el fin mismo de la investigación.

La utilización de estas herramientas para identificar patrones debe estar soportada por una conceptualización clara y no pueden surgir de un sólo dato, un componente aislado o de un registro casual. Estos deben ser resultado de la suma e interpretación de un conjunto de datos que ajustados a modelos se puedan contrastar con la realidad, para explicarla. De allí que las definiciones a partir de las cuales se elaboran las herramientas para el registro de los datos no puede ser arbitraria; no es realmente un simple problema de semántica, es mucho más que eso. Es, finalmente, la agudeza y la coherencia de nuestro oficio lo que está en juego. No obstante hemos sido reticentes a la creación de modelos y nos conformamos pensando que los datos por sí solos son acumulativos y explicativos de la realidad, facultad inherente a su naturaleza. En palabras de Lleras:

En realidad el balance general de logros y realizaciones de la arqueología es bien precario y la mayoría de los verdaderos progresos se deben al carácter acumulativo que tienen los conocimientos... “ (1985:24).

Si aceptamos esto, aceptamos que asistimos a los monólogos creados y respaldados por datos puros que son ajenos a las concepciones e interpretaciones que los arqueólogos hacen de los mismos.

Este texto, como ya habrán notado algunos lectores, parte y se alimenta de múltiples paradoxas. Una de las más sobresalientes es que hemos empleado las etapas, con una clara connotación cronológica, para organizar algunos datos e intentar examinar el contenido de las mismas como tendencias y énfasis. De este modo hemos procedido de una manera semejante a aquella que criticamos. No obstante creemos que la paradoja tiene sentido en tanto sea un punto para iniciar una discusión. Esta debe girar en torno a la validez de muchos de los conceptos empleados en la arqueología colombiana, no en sus contenidos, sino en su potencial empleo para aproximarnos al cambio cultural. De forma ideal estas categorías son el puente conceptual hacia el cual convergen y se hacen comparables procesos locales y regionales. Sin embargo nunca han sido empleadas de este modo, ni siquiera por aquellos que entre nosotros están más apegados a los esquemas evolucionistas. La validez de estos conceptos falsos o no debe ser reexaminada independiente de toda connotación moral o religiosa (falsa o no).

